

A causa del fracaso recibido, muy impresionado me acosté la noche de aquel día y soñé cosas verdaderamente extraordinarias. Muchas fueron las peripecias de mi sueño, mas pusieron en claro que para llevar á la práctica, como es debido, ciertas leyes, es necesario que la ilustración penetre en las masas populares. Al coordinar ya despierto estas ideas no pude menos que dar gracias á Dios por mi relevo. A los que no estén conformes con la tesis he de decirles, que siendo los sueños inconscientes no debe darse importancia á lo soñado.

* * *

Toco el fin de mi regiduría, dejando en el tintero otros percances en el que intervinieron grandes poderes, y poderes secundarios, entre los que fluctuaba el de los ediles, constituyendo los tres, en su conjunto, la viciosa organización que tenía nuestro Ayuntamiento.

Una iniciativa lanzada de improviso en el seno del Cabildo, llenóme de asombro por la magnitud del asunto que envolvía. Para do-

minar una revolución que ya tocaba á las puertas de México era preciso ceder al Gobierno unos créditos pertenecientes al Municipio de México, y aunque no se expresaba el monto de éstos, calculé su importancia por el objeto á que se destinaban y por el rédito de 3,000 pesos que producían, único dato que pudo ponerse en claro. Opúseme á ese despropósito manifestando que el Ayuntamiento no estaba autorizado para ceder bienes que administraba, á pesar de las razones de conveniencia que en favor de la cesión de dichos bienes se alegaban, con la percepción mensual de 3,000 pesos que entregaría la Aduana. Tres horas sostúvose la discusión, juntamente con uno de mis apreciables compañeros, cuyo nombre no expreso por no estar autorizado para ello; mas al fin, y á pesar de mis pobres argumentos y de los ilustrados y jurídicos de mi compañero, la cesión se aprobó por mayoría de votos.

Al día siguiente presenté mi renuncia, y aunque no se me admitió, no volví á aparecer más en el Cabildo.



III

MEXICO DE NOCHE.



A mi buen amigo D. José M. Vigil.

MDVIÉRTOTE, lector querido, que no voy á referir lo que es en la actualidad la hermosa reina de Anáhuac, cuando se halla sumergida en las tinieblas de la noche, disipadas en sus principales calles por los torrentes de luz que despiden los aparatos de los lujosos escaparates de las casas de comercio, y por la que emiten los focos

eléctricos con los que nos ha favorecido nuestro ilustre Ayuntamiento. Tampoco voy á hablarle del México de fines del siglo XVIII, época en la cual los ladrones y pendencieros satisfacían impunemente sus perversas inclinaciones, favorecidos por la densa obscuridad que reinaba en las plazas y calles, después de la hora de la queda, en que se apagaban los hachones que ponían delante de sus puertas los comerciantes, y cuando se extinguía la luz de las velas de sebo que ardían en farolillos, pendientes de los balcones de una que otra casa rica. No, voy á imponerte de lo que fué nuestra hermosa Capital allá por los años del Señor de 1850 á 1870; mas para proceder con algún acierto, preciso es hacer de las noches tres importantes distinciones: 1.^a, noches de absoluta obscuridad; 2.^a, noches de verdadera luna, y 3.^a, noches de luna oficial, siendo de notar que poco temor infundían las primeras, ninguno las segundas y mucho las terceras; de suerte que por causa de éstas, ganas daban de rogar á la Divina Providencia que se dignase transportar á muy remotas regiones á la casta Diana para que fuese á ser, en lejanos mundos, la dulce confidente de otros amores y nos libertase de las tendencias económicas de nuestros ediles.

Si para nosotros no existe hoy un diablo cojuelo, bastante complaciente que nos conduzca al chapitel de una torre para mostrarnos desde allí, mediante la desaparición de los techos de las casas, escenas verdaderamente realistas con las que saciaba su curiosidad el bueno de Don Cleofas Leandro Pérez Zambullo, la facultad de mi memoria substituirá el poder de aquel travieso diablillo y, en virtud de ella, haré que retrograde el tiempo, á fin de ponerte frente á frente de otra sociedad y de otras costumbres y de revelarte, cuando el caso lo requiera, los vicios que han afectado y aun afectan á esa comunidad de perso-

nas de cuyos actos nadie es individualmente responsable, por perjudiciales que sean, razón por la cual es difícil y tardía la corrección de sus faltas. Calígula deseaba que todo el pueblo romano poseyese una sola cabeza para abatirla de un simple tajo; pero yo, más humano que el hijo de Germánico y Agripina, no quisiera tanto; me conformaría con que toda la sociedad tuviese un sólo cuerpo para darle unos cuantos azotes cada vez que se desvíe de todo lo digno y correcto, aunque sospecho que no daría aquélla tregua ni descanso á mi brazo, pues tal es de inconsecuente, malcriada y corajuda.

* * *

Durante las horas de la noche, horas men-
guadas para las calles por falta de la luna, co-
mo dijo el famoso Don Luis Vélez de Gueva-
ra, la debilona luz que producían en el centro
de la ciudad 750 aparatos de líquido de tre-
mentina que dieron en llamar gas líquido, y
la más escasa, todavía, que emitían otros mil
de aceite en los suburbios, en vano pugnaban
por disipar la obscuridad. La colocación de los
faroles á prudentes distancias, en pies de ga-



LA CATEDRAL Y LAS CADENAS ANTES DE 1940.

llo de fierro, fijos en las paredes de los edifi-
cios y alternados, producían, á pesar de sus dé-
biles destellos, un hermoso efecto de perspec-
tiva, á causa de la rectitud y grande extensión
de las calles, alumbrado al cual prestaban ayu-
da con sus reflejos, hasta ciertas horas de la
noche, algunos quinqués y aparatos de Baga-
lly ó de Green, pertenecientes á boticas, pul-
perías, estanquillos, tendejones y otros esta-
blecimientos comerciales de ínfima importan-
cia.

No existiendo por las noches el paseo de la
Alameda, á causa de estar privada de alumbrado,
de hallarse rodeada de inmundas acequias y
de tener sus puertas de fierro cerradas, y no
siendo, por otra parte, esas noches de luna, que
disponían el ánimo para gozar instantes de es-
parcimiento en el paseo de las cadenas, forzoso
era prescindir de todo ejercicio higiénico y ape-
lar á otras distracciones, como las que voy á

proporcionarte, lector amigo, dignándote fa-
vorecerme con tu agradable compañía, per-
mitiendo que nos transportemos á aquellos,
si no para tu persona, sí para la mía, felices
tiempos.

—¿Adónde quieres que te lleve, hoy día 30
de Noviembre de 1852?—Al teatro.—Has he-
cho una excelente elección, pues oirás al gran
Marini en *Roberto el Diablo*. Vístete de eti-
queta y cogido de mi brazo echemos á andar
por esas calles de Dios.

El poco movimiento que adviertes en éstas
no te revelan, ciertamente, la
importancia de una capital que
cuenta con 200,000 almas;
pues, con excepción de la gen-
te que se retira á sus hogares y
la que, como nosotros, se diri-
ge al teatro, sólo encontramos
algunos individuos que vocean
sus mercancías. Por aquí, un
hombre del pueblo, envuelto
en su manta, no muy aseada
que digamos, y bajo la cual
lleva un cesto, grita de tiempo
en tiempo: *castaña asada y
cocida, castaña asada*; por
allí otro canta: *turrón de al-
mendra, entera y molida, tur-
rón de almendra*; ya es una
india la que nos sorprende con

su agudo grito:



ó bien otra que nos aturde con el de: *no mer-
carán juiles asados*. Por aquí nos sale al en-
cuentro un muchacho ofreciéndonos *fósforos
y cerillos, ó fósforos del silencio*, y por allí se
nos presenta la tamalera, sentada en el umbral
de una puerta, al lado de una olla grande, cu-
bierta con lienzo blanco que por tapadera tie-
ne un plato de barro vidriado, y oímos que
nos dice al pasar: *tamalitos cernidos de chile,
de dulce y de manteca, pasen á merendar*.
Nos hallamos en la avenida del Empedradillo,
frente de nuestra Catedral, único edificio mo-
numental que se levanta en la espaciosa plaza,
llamada de Armas, unas veces, y de la Consti-
tución, otras.

Nos internamos en el Portal de los Merca-
deres, por la bocacalle de Plateros y, á poco
andar, nos hallamos frente á frente del anti-



PORTAL DE MERCADERES.

guo. Café del Cazador, más como la hora no es
la que nos conviene para visitarlo, seguimos
adelante, dejando á nuestra derecha, los pues-
tos de los dulceros que, por las noches, colo-
can sus mesillas ante las cerradas puertas de
las sombrererías, ramo principal del comercio
en este lugar durante el día, y por nuestra iz-
quierda, las alacenas de juguetes para niños,
cerradas también de noche, y las cuales, como



PORTAL DE AGUSTINOS.

puedes observar, amigo mío, están adheridas á
las pilastras de la Arquería. En los resaltos
de las alacenas descansan algunos individuos,

soñolientos unos y muy despiertos otros, sos-
teniendo los últimos animada plática sobre
los palpitantes asuntos de la política.

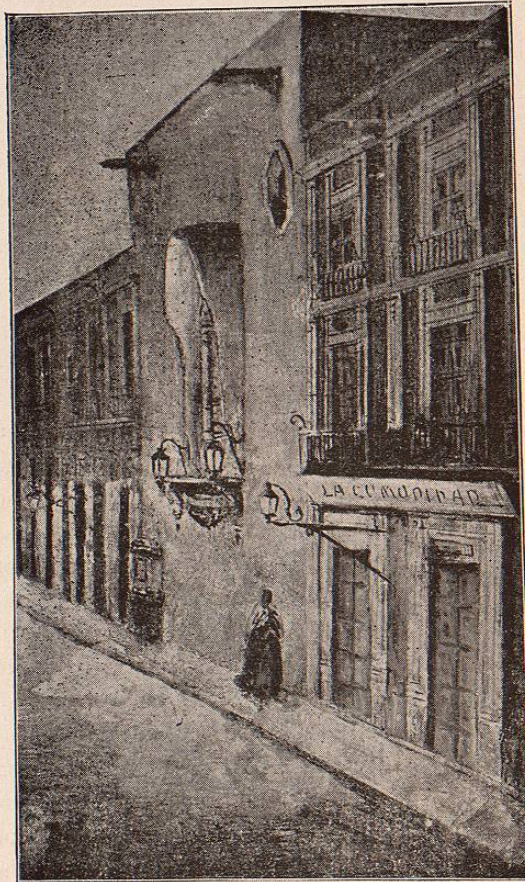
Llegamos al término del portal y prosequi-
mos nuestro paseo por el de Agustinos. Ante
las dos pilastras del arco, que en la cortada es-
quina sirve de unión á las dos arquerías, se
levantan las alacenas de libros, de Don Anto-
nio y Don Cristóbal de la Torre, quienes á pe-
sar de sus exiguos establecimientos, y de tener
al frente, en la esquina interior de ambos por-
tales, la gran librería de Rosa y Bouret, hacen
muy buen negocio. El portal de los Agustinos
ofrece el mismo aspecto del anterior y sólo te
llaman la atención las covachas en que se en-
cuentran expendios permanentes de dulces, co-
vachas que tiene sus techos inclinados, á cau-
sa de estar formados por los segundos tramos
de las escaleras que conducen á las viviendas
del segundo y tercer piso. Como estas casas
carecen de patios dichas escaleras arrancan á
cortísima distancia de los zaguanes.

En la medianía del portal, cuyos arcos han
perdido sus justas proporciones, por sucesivos
hundimientos de las pilastras y por la eleva-
ción del suelo, descubrimos el largo y estre-
cho Callejón de Bilbao, y en el mismo portal,
bajo del arco frontero á la entrada de dicha ca-

llejuela, dos mesas cubiertas con
grandes manteles, y sobre éstos,
platos y varias fuentes con en-
salada de lechuga, grandes rába-
nos escamados y carnes frías, y
al pasar frente de ellas se nos
invita á cenar, diciéndonos: *aquí
hay fiambre donoso*. A fuerza de
preguntas, he llegado á investi-
gar que el *donoso* es el fiambre
aumentado con tamales calien-
tes. Sigamos de frente, mi com-
placiente amigo, y no nos deten-
gamos á tomar el *donoso* en pa-
raje tan público, por no ser de-
cente, que ya te llevaré, al termi-
nar la ópera, al chiribitil del
"Conejo Blanco," donde cenarás
muy bien y á tus anchas.

Fuera ya del portal, nos ha-
llamos en la bocacalle de la Palma, frente de
la cual se levanta la elevada tapia perteneciente
al Convento de Capuchinas, la que según pue-

des observar, divide en dos tramos la vía pública, uno al Oriente con la denominación de Tlapaleros ó del Portal de Agustinos, y otro al Occidente, con la del Refugio. En ese elevado paredón, coronado por una citarilla de ladrillo,



CALLE DEL REFUGIO.

puedes ver un retablo de la Virgen que bajo la advocación de Nuestra Señora del Refugio, pintó en lienzo el insigne Miguel Cabrera; el retablo se halla sobre una repisa de piedra y resguardado por un cobertizo de madera y plomo. Puedes observar ese gran nicho á favor de la luz de sus farolas y de la que despide el buen alumbrado de los salones de billar del Café de la Bella Unión que está al frente.

Cuando era conocida con el sólo nombre de la Acequia la serie de calles, que daba principio en el Puente de la Leña y terminaba en el callejón de Dolores, cerrado por el Convento de San Francisco, habíase formado un basurreo al pie de la tapia del Convento de Capuchinas, lugar en que no pocas indecencias se cometían. Hacia mediados del Siglo XVIII, pa-

sando por ahí el jesuita D. Francisco Javier Lazcano, observó una de esas faltas á la moral y, desde luego, se propuso cortar de raíz el mal. Con el concurso de algunas personas y mediante el permiso del Ayuntamiento, hizo limpiar el lugar y poner en la sobredicha tapia la imagen de Nuestra Señora del Refugio de Pecadores, pintada en lienzo, como se ha dicho, por el insigne Cabrera. Con este motivo, el tramo de la Calle de la Acequia, desde el mencionado paredón hasta la esquina del Puente del Espíritu Santo recibió el nombre de Calle del Refugio, así como el otro tramo, desde dicha pared hasta la esquina de la Monterilla, tomó el de Tlapaleros, á causa de haber establecido en él sus tiendas los comerciantes en sustancias y útiles para los pintores, tiendas llamadas en México *Tlapalerías* (*Tlapalli color*).

* * *

Pasamos adelante y dejando atrás el Café de la Bella Unión y algunas casas particulares, nos internamos en el destartado portal de La Fruta, que da principio como á los dos



PORTAL DE LA FRUTA.

tercios de la expresada Calle del Refugio y termina en la esquina de la llamada del Espíritu Santo.

Al hotel y Café de la Gran Sociedad sigue ese portal llamado del Aguila de Oro, el cual por su buena construcción y esbeltos arcos dista mucho de ofrecer el feo aspecto que hemos observado, querido amigo, en el de la Fruta y el que observaremos en el siguiente, ó sea portal del Coliseo. En el portal del Aguila de Oro se encuentra el establecimiento de Reynaud, expendio de dulces y carnes frías y en la acera de enfrente la famosa dulcería francesa denominada el Paraíso Terrestre, competidora de los establecimientos del mismo género de Devers y Gramout, en las calles del Puente y Espíritu Santo, respectivamente.

En la esquina del Callejón del Espíritu Santo termina dicho portal, y en la opuesta, donde se encuentra el establecimiento litográfico de Don Antonio Decaen, da principio el portal del Coliseo. Tan feo y sucio como el de la Fruta está formado de toscas pilastras que, por capite-

efecto, á poco andar, nos hallamos frente á frente de la estufa del Divinísimo, precedida por

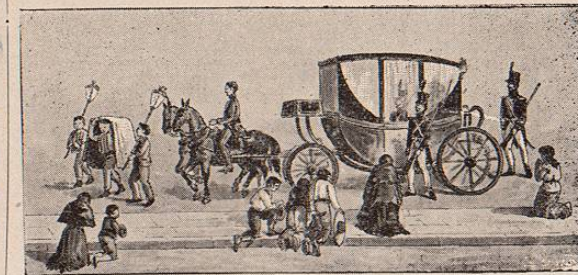


PORTAL DEL COLISEO.

los hermanos de Nuestro Amo, que no cesan de cantar el alabado. La estufa va custodiada por dos soldados y un cabo con el fusil al brazo. A las puertas y ventanas asoman los vecinos que con sus velas encendidas alumbran el tránsito de su Divina Majestad, y nosotros, como todos, nos descubrimos y ponemos una rodilla en tierra.

La costumbre de acompañar por las calles al sagrado Viático data de 1742, establecida por una congregación de artesanos y adoptada por diversas clases sociales, cuyos individuos recibieron el nombre de Hermanos de Nuestro Amo. En la época de que se trata, solamente gen-

tes del pueblo eran los que no abandonaban aquella práctica y la de ir cantando jaculato-



PORTAL DEL AGUILA DE ORO.

les, tienen zapatos de madera en que asientan traviesas horizontales, también de madera que, á su vez, sostienen el muro superior, con el balconaje del nada estético edificio. Hacia la medianía del portal, la plancha de madera ó traviesa horizontal está sustituida por un arco, y el balcón, correspondiente difiere de los demás por algunas molduras y relieves de mal gusto. Asegúrase que ese arco era la entrada de distinción del Teatro Principal, reservada al Virrey.

* * *

El sonido de una sonora campanilla nos anuncia que el Sagrado Viático se acerca, y en

rias por la calle. En el Siglo XVIII los hermanos, mercaderes y eclesiásticos, alumbraban